

Adole-Ser

Daniel Duek

Adole-Ser

Transiciones en desarrollo

 **Lugar**
Editorial

Duek, Daniel

Adole-ser : transiciones en desarrollo / Daniel Duek.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar
Editorial, 2017.

144 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-549-7

1. Psicología Clínica. 2. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Edición y corrección: Mónica Erlich
Diseño de tapa e interior: Silvia Suárez

© 2017 Daniel Duek

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-549-7

© 2017 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

A Sandra, mi compañera; Dalila, Katia y Xavier, mis hijos, amores de la vida.

A mis padres, a los que sorprendí en aquellos tiempos con mi vocación por la psicología, a mi hermana que vislumbra futuros.

Agradezco a mis grandes maestros, generosos confidentes: Mario y Ricardo que con su paciencia e inteligencia resguardaron mis enigmas, sueños y desarrollos; y que rubrican estas páginas. A Silvia Bleichmar, psicoanalista lúcida, tan viva en mi memoria; a Adrián Grassi, que me abrió y respaldó en el camino de la docencia universitaria y a tantos otros, difícil mencionar a todos con los que compartí mi recorrido y con los cuales pivoteo estos textos.

A mis pacientes de tantos años, que refrescan constantemente mis emociones y mis contrapuntos teórico-clínicos, que forjan muchas de mis reflexiones.

A mis alumnos de los distintos espacios, por ponerme en aprietos y ayudarme a crecer.

Prólogo

Mario Waserman

“¿Qué puede aportar la teoría psicoanalítica en una institución atravesada por concepciones asistencialistas, con constantes decisiones sustentadas en condicionamientos y conveniencias políticas? ¿Cuál puede ser la contribución en esta problemática compleja, que debe integrar necesariamente lo interdisciplinario y lo transdisciplinario? ¿Existe alguna posibilidad de tratamiento o se trata de una intención meramente ficcional y utópica?”

Encuentro en esta cita la pregunta clave que guía la búsqueda de Duek. Podríamos hablar de su deseo. O el deseo del texto. El autor busca allí algo que trascienda el campo de las conveniencias políticas y sus condicionamientos. La pregunta psicoanalítica está en otro lugar que el de la acción política. No sé si el propio Daniel Duek coincidiría con esta afirmación de un modo duro, pero su libro contiene esta afirmación y con esa afirmación yo acuerdo. ¿Se podría, acaso, hablar de una militancia psicoanalítica? Creo que sí, si se pudiera despojarla de fanatismos psicoanalíticos, esa militancia no fanática define el deseo del obrar de Duek.

Como se lee en su libro, esta militancia excede el campo del análisis individual y se extiende de lo personal a lo grupal y a lo social. Es una militancia inter y transdisciplinaria que necesariamente debe alejarse de condicionamientos y conveniencias. Busca otra cosa, yo diría que busca un sentido sostenido en el saber del psicoanálisis. Por supuesto que fenómenos políticos y sociales colaboran en construir ese sentido, pero su investigación no está destinada a construir un poder, sino más bien a disolverlo.

El objetivo pragmático de su pregunta es nada más y nada menos que buscar una *clínica posible*. Creo que hay allí un acierto porque el psicoanálisis ortodoxo propone, en determinados contextos

sociales, una *clínica imposible*, irrealizable en el campo social en el cual debería realizarse, y he ahí una de las razones de su gran crisis.

Duek contacta rápidamente con su fantasma: un pequeño demonio, un niño de 9 años con una conducta violenta, fuertemente anti-social. El eje demonio-mal es una categoría fuertemente instalada en la mente, construida por el eje religioso judeo-cristiano que divide las fuerzas del bien lideradas por Dios y las fuerzas del mal lideradas por el demonio. El bien coincide con la buena conducta social, el bien es bien educado y aceptante de todos los mandatos sociales. El mal es rebelde y sexual.

Cuenta Duek:

"Cuando Pedro tenía cuatro años, un petardo reventó en su mano en una fiesta de Navidad, y perdió un dedo. Pedro y su familia vivían en una villa de emergencia, sumamente peligrosa por el nivel de criminalidad y delincuencia que había en la zona. Unos meses después de aquella Navidad, en circunstancias poco claras y a partir de cierta enemistad con sus vecinos, una vecina entró a la casa de la familia, apuñaló y mató a la madre de Pedro, delante de él y sus hermanos. En ese entonces, Pedro tenía cinco años, y la muerte de su madre sumió al padre en una profunda depresión. Ella era la figura nuclear de la familia: dadora de afecto y proveedora de dinero a partir de su trabajo en un almacén.

"La depresión del padre, aspecto previo prevalente en su personalidad, asociada al consumo desmedido de alcohol, lo indujo a un estado de abandono, inercia y desprotección hacia sí mismo y sus hijos. Había migrado del interior en la adolescencia en búsqueda de empleo, junto con un hermano un poco mayor. Los hijos, a su vez, traumatizados por la muerte terrorífica de la madre, protagonizaron el desmoronamiento familiar, la pérdida de la madre y también de un padre más saludable y su correspondiente función. La familia, en este sentido, no era ya proveedora de afecto y protección, sino que era allí mismo donde reinaban tanto el desamparo como la desprotección, a lo que se le sumaba el contexto barrial que potenciaba dichas características. Ante esta situación y la falta de recursos elementales para la subsistencia, tanto Pedro como su hermano mayor comenzaron a dejar de ir usualmente a la escuela (Pedro estaba en primer grado), se establecían en la calle pidiendo dinero y abriendo puertas de taxis, y de esa manera proveían de algunos pesos a la familia. En esa época, Pedro se agrupaba con otros chicos en circunstancias similares, dichos grupos se nucleaban en banda alrededor de un líder, generalmente mayor que ellos, que les indica a sus integrantes qué

deben hacer, es *el jefe*, que obtiene ganancias de las actividades de todos a cambio de cierta protección.

"Este período discontinuado por los arrestos y posteriores huidas a la calle lo llevó a Pedro a abandonar definitivamente la escuela, conocer el uso del pegamento como droga y encontrar nuevos compañeros –otros chicos de la calle– y posteriormente del instituto de menores. En sus breves estadías en dicho establecimiento recordó, luego, sucesos que llegaba a relatar con mucha vergüenza y malestar como abusos sexuales y una violación realizada por un niño un poco mayor que él."

Transcribí este largo pasaje de su texto para dar cuenta de uno de los valores de Duek: la excelencia de su relato clínico. Es un relato que contacta con la realidad dura y la amplitud de los contextos donde se desarrolla la dramática clínica y por lo tanto los campos donde debería accionar.

En el capítulo que trata de "Ángeles y Demonios", Duek muestra como esa categoría que divide drásticamente y binariamente el bien del mal se aplica a los niños. Los niños bien educados, generalmente de las clases más acomodadas, van a ser el tipo de Ángeles que se identifica con los modales sociales de su clase. En su mayoría, los chicos de la calle, los excluidos de los excluidos, se van a mostrar como Demonios. Duek aclara el "porqué". Ese "por qué" se desprende de esta afirmación: estos niños se comportan como demonios porque "...Esto implica una *exposición en la sociedad* de descargas pulsionales, de afectos (amor, odio, etcétera) y fantasías correspondientes que, sin freno, se manifiestan hasta chocar con algo que les permita organizar y encausar, en el mejor de los casos, una subjetividad más o menos acorde a la cultura oficial..." (cita del Capítulo 1, "Ángeles y demonios"). La comunidad con su marco normativo permite el trabajo parental de confrontación y nutrición. Duek se apoya en la fuerte y original posición de las "cuatro paredes" de Winnicott. Aquellas cuatro paredes del hogar que no tuvo y que las buscó en la calle.

Duek muestra el intento de sobrevivir a lo catastrófico que propone el demonio de la calle. Buscar un jefe, armar un grupo. Sustituir el orden familiar. Drogas y violaciones son parte de la experiencia cotidiana de estos demonios. Los ángeles no viven en el infierno.

Duek enfatiza los descubrimientos de Winnicott que dice que el chico busca en la calle las cuatro paredes de su perdido hogar, y las busca para chocar contra ellas y en ese choque ir encontrando

una subjetividad que pueda encauzar en el orden social que lo ha excluido. Duek denomina esa función crear una “madre ambiente”.

Para aquellos “ángeles” que todavía sobrevivimos de la clase media en la Argentina, el relato de la madre de Pedro apuñalada, pertenece a un submundo que se trata con mucha fuerza de negar. Parecen ser parte de tragedias míticas con personajes como Edipo o Antígona, que no están presentes en la vida cotidiana, todas esas grandes tragedias han sido trasladadas al espacio teatral y al inconsciente, donde permanecen reprimidas. Pero, son estas tragedias de las que están llenos los expedientes judiciales, los que dan la verdadera dimensión de las tragedias humanas familiares. ¿Cómo lidiar con esas realidades? En Duek hay un intento de trabajar con esa dimensión catastrófica, sea a nivel individual –como en Pedro– así como a nivel social –como en la tragedia de la AMIA–, donde se va a ocupar del destino de las esquirlas psíquicas de la bomba siniestra.

Duek se pregunta cuánto trauma puede tolerar un niño y encuentra que su pequeño demonio, Pedro, que las ha pasado todas, tal vez sí pueda superar su propio trauma. Y, si él puede, se abre la esperanza de que muchos puedan. Este es el mensaje que Duek quiere transmitir para que opere sobre nuestra propia desconfianza. ¿Cómo podemos nosotros, los profesionales, restaurar la confianza de un niño en la sociedad si hemos perdido la esperanza de la cura?

Este excelente escrito cumple la noble función de devolvernos al espacio de la esperanza de la cura.

El segundo artículo que compone el libro trata sobre la función psíquica que cumple el velar. En las *Elegías de Duino* Rilke escribe un verso misterioso que alude a la función del velar. Dice allí que la belleza es el primer escalón de lo terrible, al igual que Kant, que en su estudio sobre lo sublime, une lo sublime a lo terrible, por ejemplo, en su descripción de la belleza de una gran tormenta, Rilke inscribe la belleza como un velo que recubre un orden de lo siniestro que no es posible soportar y que debe ser velado. En el film que los autores analizan *La vida es bella* se muestra, asimismo, que el *clown*, el padre, trata de amortiguar lo siniestro de la vida con pinceladas de juego para disminuir su siniestra realidad.

Este capítulo del libro, cuya autoría comparte con la licenciada Sandra Bernabó, me parece verdaderamente importante y hermoso. Se trata de positivizar la función de velar diferenciada

de la función de ocultar. Mientras que ocultar, que tiene como función hacer inaccesible cierto trozo de la realidad, es negativo para el psiquismo –como dice Bion–, necesita de la verdad como alimento, en tanto que velar tiene la función de proteger al psiquismo de una cantidad exagerada de estímulo que la convierte en traumática. Velar es –como dicen los autores– poner un velo, un tul que proteja el sueño de la realidad de la invasión de estímulos agresivos. Es la pantalla antiestímulo de la que habla Freud y que los autores citan extensa y justificadamente. Su función es hacer la realidad menos terrible de lo que pueda presentarse. En el análisis de *La vida es bella*, el film de Begnini, se muestra la función paterna no como representante de la ley sino como protector frente a una realidad anonadante. El padre crea, a través del juego, una esperanza... todo no puede ser tan malo... la muerte no está a la vuelta de la esquina.

Los padres velan los aspectos más trágicos de la realidad y crean una sonrisa, un humor para elaborar lo terrible. Es la función payaso que se ha incorporado al tratamiento de niños internados para cambiar el clima opresivo de muerte que inundan los hospitales. El *clown* es una parte importante del tratamiento.

Duek y Bernabó señalan también la importancia de “no decirlo todo” como una de las funciones del velar. Ya es sabido que los humanos mentimos muchísimo, y una función positiva de esas mentiras es no herir al otro. La criatura humana necesita del velamiento y de la mentira así como de la verdad. Y este hermoso artículo de Duek y Bernabó ayudan a entenderlo.

En el tercer artículo –“Las esquirlas de la Bomba-AMIA”– Duek recoge las experiencias en las cuales le tocó participar y que consistieron en la elaboración de los eventos traumáticos en los que participó el equipo de terapeutas que trabajaron con los sobrevivientes y los rescatistas. Y también recoge el significativo esquirlas que tanto simboliza: como dijo un joven que perdió a su hermano en el atentado a la AMIA: “las esquirlas de la bomba están en la cabeza de los sobrevivientes”.

Desde el punto de vista teórico lo muy interesante es que aplica a la vida social el concepto de corrientes psíquicas contradictorias entre sí. Y esto le sirve para explicar el dolor y la indiferencia. Este concepto ayuda a ver un espacio psíquico en el cual el principio de tercero excluido no rige y que no es el del inconsciente... El preconsciente y el consciente son dominados por el deseo inconsciente.

Afirmo lo que deseo aunque los hechos me demuestren lo contrario, mecanismo típico de la desmentida Y más aún, lo afirmo aunque sé que los hechos me afirman lo contrario. Como dice muy bien Duek; “Nada más ficticio, entonces, que este concepto de unidad, cuando esta se delimita a partir de la homogeneidad de sus miembros y no a partir de integrar heterogeneidades”.

Duek se pregunta, y esto es muy importante, cómo es que nos hacemos indiferentes ante las grandes desgracias que nos ha tocado vivir. Es interesante la inclusión de la indiferencia en el proceso de ocultamiento de lo traumático. Hay muy poco en la literatura psicoanalítica sobre la indiferencia y, sin embargo, es enorme su presencia. Hay más indiferencia que diferencia. El grupo no afectado personalmente recurre a la indiferencia para seguir su vida como si el hecho social le fuera ajeno. Generalmente es la economía lo que ocupa principalmente a la población, porque la sufre diariamente. A todo lo que puede lo trata con indiferencia y esta puede ser un trabajo de defensa del aparato inmunológico psíquico, porque si reaccionara a todo lo doloroso, no podría soportar el embate. Sabemos que un exceso de dolor, un exceso de empatía no podría ser metabolizado. Hay allí todo un continuo que va de la indiferencia a todo, a la reacción a todo, como si todo tuviese la misma importancia personal. No puede ser la misma reacción la de un padre que pierde a su hijo en un atentado, que el de alguien que no ha perdido a un familiar cercano. Pero, asimismo, la indiferencia ante el extraño deja desamparado a cualquier miembro de la sociedad, por lo cual hay un llamamiento a la solidaridad general como medio de estar protegido por todos; si algo nos ocurre. La consigna sería uno para todos y todos para uno.

Por eso es muy importante el concepto de pantalla de *protección simbólica* ante las tareas solidarias de metabolización de hechos traumáticos a los que Duek llama tejido significativo compartido. Otro concepto crucial es el de los efectos postraumáticos, precisamente, las esquirlas que quedan en la mente. Dice Duek: “Los efectos postraumáticos que aparecieron se evidenciaron bajo la forma de intensa irritabilidad, sueños con angustia, pesadillas, recuerdos de cuerpos y libros despedazados que se imponían, olores y sonidos propios de las tareas de remoción de escombros, estados hipocondríacos, insomnios, etcétera. Asimismo, los hilos conductores de estas reuniones fueron cuestiones de identidad individual y grupal”. Y dejándonos el modelo de elaboración de

catástrofes sociales nos dice: “Apreciamos cómo la repetición y la inercia psíquica postraumática fueron cediendo a la capacidad ligadora del yo, y esta permitió el recordar y elaborar, produciendo gradualmente cierto reordenamiento intrapsíquico e intersubjetivo. Trabajamos, en este sentido, atravesando la neurosis traumática hasta las puertas del trabajo de duelo para facilitar el pasaje de la fijación a la experiencia a la resignificación propia en su histórico singular. Sin embargo, hoy permanecen dentro nuestro *las esquirlas de la bomba*, las que aún nos inquietan y, así, permiten transformarlas en palabras y compartirlas a través de este medio”.

Agradecemos a Daniel Duek este trabajo que hace por todos nosotros para mantener viva nuestra solidaridad con los que sufren.

Introducción

Ricardo Rodulfo

En contraste o en conflicto con el espíritu conservador que desde hace tiempo controla el gobierno del psicoanálisis, el psicoanálisis en Argentina ha sido capaz de ser valiente, más valiente que el promedio a escala internacional. Ha sido capaz por eso de encarar experiencias, exploraciones y desafíos muy difíciles de encontrar en otras partes del mundo, tanto en lo que hace a meterse con problemáticas nada tradicionales –caso del trabajo en discapacidad– como de involucrarse en traumas sociales bien puntuales –caso de la AMIA que ocupa un capítulo de este libro–, como asimismo hacer punta en la clínica con pacientes de edades tan móviles, cambiantes y complicadas de tratar, cual es el caso de las adolescencias contemporáneas, que constantemente divergen de sí mismas al impacto de acelerados cambios culturales y sociopolíticos. Eso sí, esta valentía en lo clínico suele morigerarse con cierta timidez o inhibición en el plano conceptual, que no suele acompañar la decisión con que se encara aquel. Al respecto, en términos generales, el analista tiene serias dificultades para desaprender formatos teóricos adquiridos y hacer de este modo un mayor espacio a la entrada de nuevos dispositivos conceptuales.

El libro de Daniel Duek es un exponente de esta situación, en la que al tiempo que el psicoanalista en sí mismo experimenta la necesidad perentoria de profundas modificaciones mantiene lazos de “fidelidad” con la tradición cuyo significante principal es “Freud”, aunque lo acompañan otros, como “Klein” y “Lacan”. El peso de estos significantes tan indispensables para que el analista se sienta confirmado en su identidad no es nada fácil de exagerar, por lo que vale la pena recordar en qué gran medida la identidad requiere de toda una dimensión de *creencia*. El analista suele creer

que citando a aquellos autores y manteniéndose dentro de sus configuraciones de pensamiento asegura su identidad en tanto tal.

Participando de esta constelación ideológica, Duek trabaja en dos tableros a la vez: por una parte se empeña en perseguir especificidades irreductibles para legitimar la noción de adolescencia y no despacharla con una sumaria referencia cronológica; por el otro costado, se obliga a que concurren a la cita ideas y postulados –principalmente freudianos– que en el fondo no acompañan su esfuerzo: el principio de inercia como protopostulado del sistema teórico del psicoanálisis tradicional –un postulado que se imagina un psiquismo que en su movimiento más originario nada querría saber de la *differance*– y la fijación a un período crítico que se ceñiría a los primeros años de la vida, no reservándole a la adolescencia otro lugar que el de una reactivación de antiguos conflictos, serían dos exponentes no únicos de esta situación. Es visible el empeño del autor para trabajar por un psicoanálisis abierto, a lo que el psicoanálisis suele llamar –un poco desconcertantemente– “lo social”, pero trabaja en contra de este empeño el seguir respetando un modo de pensar nuestra disciplina en un sesgo que bloquea al analista para darse cuenta de que él –y su psicoanálisis– *ya está y desde siempre* en ese “lo” social, que no hay que hacer ningún esfuerzo especial para ello, nada más que desconocer la división artificial que en otros tiempos quedó establecida entre el ámbito “primario” de lo familiar y el ámbito pretendidamente “secundario” de lo sociocultural. O sea, que no es que en algún momento el sujeto por fin arriba a tal “lo” social.

Análogamente, Duek avanza hacia la inclusión de Winnicott en sus referencias principales –un avance indispensable, pues sin las ideas de aquel, entre ellas la de lo transicional y la del lugar en su estatuto privilegiado, una caracterización psicoanalítica de la adolescencia se vería imposibilitada, al mismo tiempo que procura tender una continuidad entre el pensamiento del psicoanalista inglés y el de Freud, una continuidad que solo podría fundamentarse recurriendo peligrosamente a analogías de superficie, ya que sus puntos de partida son hartamente diferentes, y en particular Winnicott está libre del positivismo que impregna el ideario freudiano. No es posible filiar uno en el otro: Winnicott rechaza la teoría de la libido, para Freud algo no negociable, así como rechaza la metapsicología y su vocabulario tecnicista. No obstante esta formación de compromiso,

queda implantado el recurso al británico y su pensamiento existencial y antimecanicista.

Si nos interesa subrayar estos forcejeos y conflictos intratextuales es porque creemos denuncian y por lo tanto revelan la coyuntura que cada vez más asedia y cerca al psicoanálisis: resolverse al desasimiento de una tradición que se nutrió con conceptos tributarios de la metafísica (y que ingenuamente los analistas creían ser de pura cepa) o continuar encerrados en formatos filosóficos que amenazan con teñir a nuestra disciplina con el color y el matiz de lo anacrónico, lo envejecido. Para contrastarlo, nada mejor que ir a una de las mejores páginas de este libro: el capítulo dedicado al velo y al velar. Bello capítulo, original su enfoque, que desgrana con sutileza toda una paleta de matices que aquellos términos contienen, desde aquellos que hacen a los cuidados hasta la exquisita flotación ambigua del velo, de los velos que dejan ver algo bajo la forma de lo velado, lo que de por sí constituye todo un juego de lo que –respondiendo al título de un reciente libro mío– designaría como *curvaturas*. Un juego donde más que presencia y ausencia en dura oposición encontramos la utilidad de ese concepto de *no presencia* gestado por Derrida. Velación, veladura, que no oculta lo real sino que lo presenta subjetivizado por una mirada humana. El velo –que también nos conduce al *himen* del pensador franco-argelino– nos lleva a una nueva forma de concebir la frontera, el borde, el límite, que ya no se parecen al muro imaginado por Trump. Por eso mismo no acordaríamos ninguna conexión con la barrera antiestímulos, esa corteza calcinada, sin vida; en cambio, acuerda con las últimas concepciones de la biología molecular acerca de la importancia y funciones de la membrana celular, sitio poroso de intercambios en nada semejante al borde que imaginó Freud. La cortina, no la dureza de la piedra o de la costra de una piel endurecida. En párrafos como esos el autor puede olvidar a Freud y dejarse llevar por los caminos de su propia experiencia como psicoanalista. Y no son los únicos, afloran en diversos momentos del libro. Un movimiento interesante, que reencontramos en muchas obras de arte o de pensamiento ensayístico, cuando un autor oscila entre como *sabe* escribir según los andariveles de una tradición en la que se ha formado y la irrupción de algo propiamente propio no pensado.

Para concluir esta breve incursión subrayaríamos con *tinta gruesa* el nada menor punto de que Duek no nos da a leer un libro

plagado de fórmulas generales tan vistosas como vacías y de escasa utilidad clínica, todo un tipo de libro que padecemos, hilvanado con demasía de citas y frases hechas. Por el contrario, este texto se enfoca constantemente en cuestiones micro, como en el caso de las vicisitudes de la transferencia en pacientes adolescentes; su preocupación por sostenerse en un nivel conceptual no lo hace caer en un sinfín de proposiciones formales huecas, *apunta siempre al corazón de la práctica*. Todo acuerdo o desacuerdo con él habrá que plantearlo en esa dimensión, acorde con el largo recorrido del autor en esos trabajos cotidianos, que en su caso exceden los del consultorio habitual.

Capítulo 1

Sobre ángeles y demonios¹ Abordaje psicoanalítico con los chicos de la calle

“Cuida bien al niño.
Cuida bien su mente.
Dale el sol de enero.
Dale un vientre blanco.
Dale tibia leche de tu cuerpo.”

L. A. Spinetta, 1973

En este texto abordaré el testimonio sobre el trabajo psicoterapéutico realizado en el ámbito de una comunidad terapéutica con “chicos de la calle”, comunidad dependiente del CNMF², institución dependiente directamente, a su vez, del Poder Ejecutivo. Ingresé allí como psicólogo a cargo de tratamientos individuales y posteriormente, por necesidades inherentes a los mismos, fui ocupándome de las entrevistas con padres y/o familiares. Más tarde se vio la necesidad de abrir otro espacio donde pudiera observar, señalar e interpretar procesos que abarcaban la dinámica del grupo de chicos. Empecé los tratamientos individuales con el afán de discernir la implicancia psicopatológica del niño. En el campo familiar me propuse tratar a las familias en tanto lugar de cuidado y

1 Dedico este trabajo a un chico que llegó de Medio Oriente a la edad de 10 años, acompañado por su hermano de 15, para andar por las calles de Montevideo, mi abuelo.

2 Consejo Nacional del Menor y la Familia, actual Secretaría de la Familia.

protección de los menores. Por último, el espacio grupal me permitió trabajar sobre la modalidad del lazo social prevalente en los chicos de la calle.

Mi integración en la comunidad y la sucesiva ampliación de mis funciones despertó en mí diversas preguntas sobre el quehacer clínico lejos del contexto tradicional del consultorio y aun de otras instituciones como hospitales y clínicas. ¿Qué puede aportar la teoría psicoanalítica, más allá, en una institución atravesada por concepciones asistencialistas, con constantes decisiones sustentadas en condicionamientos y conveniencias políticas? ¿Cuál puede ser la contribución en esta problemática compleja, que debe integrar necesariamente lo interdisciplinario y lo transdisciplinario? ¿Existe alguna posibilidad de tratamiento o se trata de una intención meramente ficcional y utópica?

Ensayaré aquí algunas reflexiones que se desprenden de una *clínica posible* para profundizar en esta área sumamente intrincada con el propósito de acercar respuestas a las cuestiones planteadas anteriormente. Para ello, tomaré como eje fragmentos del historial de uno de los niños que atendí.

De la calle a la comunidad

Pedro, de casi 9 años, llegó a la comunidad hace aproximadamente un año, después de haber sido llevado de la calle por la policía –invocándose la “Ley de Amparo”– en la zona de la estación de Once de la Ciudad de Buenos Aires. Lo regresaron en primera instancia a su casa, de donde se escapó, y luego repitió cíclicamente su accionar, incluso al ser llevado en varias oportunidades a un instituto por orden de un juez de menores. Ante la reiterada indicación de estadía en el instituto y sus fugas, desde la dirección del establecimiento se sugiere otra estrategia, esto es, realizar un abordaje desde la recientemente creada comunidad terapéutica. Dicha comunidad fue originada a partir de un convenio realizado entre una organización religiosa y la gubernamental, pensada y concebida para albergar varones de 9 a 16 años con el fin de tratar chicos de la calle. La organización religiosa prestaba la casa y tenía, además, presencia social y espiritual a través de algunos de sus

miembros³. El CNMF se ocupaba de la dirección técnica y de todo el andamiaje profesional: los contactos con los juzgados, la coordinación de las tareas terapéuticas y recreativas, personal doméstico, operadores terapéuticos, la escolaridad y lo administrativo.

Según relatos del personal de la institución cuando Pedro llegó, se comportaba de manera desorganizada, no respetaba ninguna consigna de los adultos y tenía, a su vez, problemas de conducta violenta con sus compañeros y maestros al integrarse a la escuela. En ese primer período repitió su accionar de escaparse de la comunidad (luego pidió volver), realizó entrevistas con una psicóloga durante pocos meses quien, debido a una licencia por embarazo, me pidió que tome el tratamiento de Pedro. Esta decisión se sustentó en la inminencia de su parto (con la consecuente interrupción del tratamiento), ya que considerábamos esencial la continuidad, la no interrupción, para facilitar la estadía de Pedro en la institución. No obstante la fragilidad psíquica de Pedro, dicha terapeuta pensaba con optimismo el pronóstico y la mejoría. Me planteé, entonces, el trabajo de abordaje de su “trastorno infantil en condiciones de vulnerabilidad psicosocial”. Las características específicas de su conflictiva que incidían sobre su desarrollo eran varias: presentaba dificultades de inserción social, escolar, grupal, en el área intervincular en general y, por otro lado, gran irritabilidad, una conducta violenta y descontrolada en sus impulsos, con un cuadro de enuresis nocturna. En palabras de una señora de la organización religiosa que visitaba la comunidad, Pedro era considerado “un pequeño demonio”.

Si bien no me adentraré en el seguimiento del caso, servirá para dar cuenta de algunas cuestiones planteadas como centrales en los tratamientos que llevé adelante con chicos de la calle. Lejos de desdeñar la *singularidad* de cada tratamiento, señalaré y trabajaré algunas circunstancias halladas como recurrentes y comunes en este campo.

La familia de Pedro estaba compuesta por la madre, el padre y cinco hijos entre los cuales se hallaba Pedro; M., de 10 años; R., de

3 En la comunidad se realizaban visitas de miembros de una organización religiosa (Caritas), quienes profesaban y transmitían enseñanzas cristianas. Además, existía una habitación que oficiaba como lugar de rezo, una suerte de pequeña capilla.

- LEWCOVICZ, I. (1998) "Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente instituido", en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. Tomo XXI, N° 1, Buenos Aires.
- LEWCOVICZ, I. (2003) "Frágil el niño, frágil el adulto", en *Pedagogía del aburrido*. Buenos Aires. Paidós.
- MEAD, MARGARET (1998 [1928]) *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires. Paidós
- MCDUGALL, J. (1998) *Las mil y una caras de eros*, Capítulo 10. Buenos Aires. Paidós.
- MELTZER, D. (1974) *Los Estados sexuales de la mente*, Capítulo 7. Buenos Aires. Kargieman.
- MELTZER, D. (1978) "Seminarios de Novara" (Traductor: Humberto Gobbi- ApdeBA), en *Quaderni di psicoterapia infantile*. Roma. Borla.
- MILLER, J. A. Y LAURENT (2005) *El otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires. Paidós
- MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL DE BUENOS AIRES. Subsecretaría de atención a las adicciones (2011) "Adolescentes y jóvenes: Construir una oportunidad". Material de capacitación interna. Buenos Aires.
- MORIN E. (1994) *Introducción al pensamiento complejo*. Buenos Aires. Gedisa.
- PELENTO, M. L. (1998) *Impunidad y Ética*. Buenos Aires. Homo Sapiens.
- RACKER, H. (1953) *Revista de Psicoanálisis*, Tomo x. N° 2. Asociación Psicoanalítica Argentina, p. 133.
- RODULFO, R. (1991) *El niño y el significante*. Buenos Aires. Paidós.
- STOLLER, R. (1968) *Sexo y Género: Sobre el desarrollo de masculinidad y feminidad*. Nueva York. Ed. Ciencia House.
- VIÑAR, M. (2010) "Del mundo interno y las relaciones objetales a la prioridad del otro". Conferencia en Asociación Psicoanalítica de Córdoba, 2009, en *Psicoanálisis y Adolescencia* (S. Flechner, comp.). Buenos Aires. Psicolibro.
- WASERMAN, M. (2011) *Condenados a explorar*. Capítulo 10. Buenos Aires. Noveduc.
- WINNICOTT, D. (1946) *Deprivación y delincuencia, algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil*. Buenos Aires. Paidós.
- WINNICOTT, D. (1947) *Exploraciones psicoanalíticas I. El miedo al derrumbe*. Buenos Aires. Amorrortu.
- WINNICOTT, D. (1967) *El concepto de individuo sano*. Buenos Aires. Gedisa.
- WINNICOTT, D. (1989[1968]) *Exploraciones Psicoanalíticas I y II*. Buenos Aires. Paidós.
- WINNICOTT, D. (1996[1971]) *Realidad y juego*. Barcelona. Gedisa.
- WINNICOTT, D. (1999[1949]) *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.

Índice

Prólogo	
<i>Mario Waserman</i>	7
Introducción	
<i>Ricardo Rodulfo</i>	15
Capítulo 1	
Sobre ángeles y demonios. Abordaje psicoanalítico con los chicos de la calle	19
Capítulo 2	
La función de "velar" en el proceso de producción subjetiva <i>Sandra Bernabó - Daniel Duek</i>	33
Capítulo 3	
"Las esquilas de la bomba". Reflexiones sobre el atentado a la AMIA, el traumatismo y la solidaridad de los jóvenes.....	45
Capítulo 4	
Salud y transicionalidad.....	55
Capítulo 5	
Adolescentes y psicoanalistas, ser y quehacer	67
Capítulo 6	
¿Cómo pensar epistemológicamente la mente de los adolescentes?	81
Anexo	
Experienciar el desorden adolescente	93
Capítulo 7	
Instrumentos del abordaje psicoanalítico en la consulta inicial.....	95

Capítulo 8	
El joven adicto en la posmodernidad	101
Capítulo 9	
Metamorfosis, resignificaciones e identidad en el proceso puberal-adolescente	109
Capítulo 10	
Los otros, los jóvenes y los discursos sociales.....	127
Palabras finales	
<i>Sandra Bernabó</i>	135
Bibliografía	137